

lanza, y el poder y la destreza de su brazo; importaba mucho fomentar estremadamente el valor, haciendo olvidar al guerrero la magnitud de los peligros que se pudieran ofrecer. Las damas y las doncellas no podían contar tampoco con que las leyes enfrenasen al sexo mas fuerte, y les era de todo punto indispensable fiarse de su palabra en las solitarias entrevistas que procura el amor, ó hallar fácil recurso en cualquier caballero que protegiese su inocencia ó vengase el agravio que habían recibido. Todo debía tender por lo mismo á formar á los hombres justos, pundonorosos, afables, emprendedores y valientes, para sostener sus derechos y los de las personas que su amparo buscaban; y nada había tan propio para imprimirles en estas ideas como la descripción de los peligros en que podrían verse los caballeros, segun la hace pomposamente Don Quijote en el capítulo L de la parte primera, y de un modo mas conciso en el VI de la segunda por estas palabras: « El buen ca-
 » ballero andante, aunque vea diez gigantes, que con las cabezas
 » no solo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven
 » de piernas dos grandisimas torres, y que los brazos semejan
 » árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran
 » rueda de molino y mas ardiendo que un horno de vidrio; no
 » le han de espantar en manera alguna, ántes con gentil conti-
 » nente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir; y
 » si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño ins-
 » tante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto
 » pescado, que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes,
 » y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino
 » acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero. » Y el resultado natural en cualquiera que tuviese acalorada la fantasia con tales imágenes, sería poder repetir con Don Quijote (capítulo L antes citado): « De mi sé decir, que despues que soy caba-
 » llero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, ge-
 » neroso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos,
 » de prisiones, de encantos. »

Es cierto que aquellas novelas exageraban sobrado los riesgos y el denuedo que debía ponerse para superarlos, formando mas bien una escuela de hombres calaveras que de verdaderos valientes; pero tal es nuestra condicion que conviene aconsejarnos los estremos, para que nos quedemos en un buen medio. « Como
 » me cupo en suerte, » decia don Quijote al caballero del verde gaban (capítulo XVII de la segunda parte), « ser uno del número de la an-
 » dante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que
 » á mi me pareciere que cae debajo de la jurisdiccion de mis ejer-
 » cicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derecha-
 » mente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante;
 » porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está
 » puesta entre dos estremos viciosos, como son la cobardía y la
 » temeridad; pero ménos mal será que el que es valiente, toque y

» suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto
 » de cobarde: que así como es mas fácil venir el pródigo á ser li-
 » beral que el avaro, así es mas fácil dar el temerario en verda-
 » dero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía;
 » y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor
 » don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas que de
 » menos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen:
 » el tal caballero es temerario y atrevido, que no: el tal caballero
 » es tímido y cobarde. »

Tampoco negaré que los libros de caballerías llenaban la imagi-
 nacion de seres fantásticos y ridiculos, hacian consistir el honor
 en lo que no debe formar su base, obligaban á los hombres á guar-
 dar su palabra hasta un punto indebido, é inducian á las jóvenes á
 que fiadas en la honradez á toda prueba del caballero que les pe-
 dia una entrevista por la ventana ó á la puerta de un jardín, le
 introdujesen poco cautas en su aposento. Pero ¿ hemos adelantado
 mucho en esta parte con las novelas que reemplazaron á las ca-
 ballerescas? ¿ Son mas honestos sus amorios ni mas decorosas las
 frases de que se visten las pasiones? ¿ Procuran sus autores cu-
 brirlas siquiera con un velo para darles mas atractivo, ó las pre-
 sentan por el contrario en toda su desnudez y tan mal ataviadas,
 que su asquerosa vista revuelve al lector menos delicado? No hablo
 aqui de tantos libros como la Francia en particular ha abortado,
 que son la escuela privativa del desenfreno y de la mas soez obs-
 cenidad, cuyos titulos no pueden ser pronunciados donde se tenga
 en algun aprecio el pudor; ni de los de una clase menos lúbrica,
 cuales son *Felicia*, las *Amistades peligrosas* y el *Faublas*, obras que
 tampoco pueden engendrar sino desenvoltura y corrupcion; y alu-
 diendo solo, si se quiere, á los que se hallan en manos de personas
 que se curan algo mas del decoro, me contentaré con citar el juicio
 que Rousseau hace de su *Julia ó la nueva Heloisa* en el prólogo por
 estas palabras: « Este libro puede ser útil á las mujeres que en
 » medio de una vida desarreglada han conservado algun apego á
 » la honestidad. No diré lo mismo respecto de las muchachas: nin-
 » guna que sea verdaderamente casta, debe leer novelas; y yo he
 » puesto á la mia un título bastante claro, para que se adivine
 » cuál puede ser su contenido. La doncella que no obstante lo que
 » dice su portada, se atreva á leer una sola página, es una mujer
 » depravada; pero que no achaque su estrago á mi libro, porque
 » el mal ya estaba hecho. »

Despues de leer el fallo de un escritor veraz cuanto profundo,
 ¿ qué nos resta sino desear que los novelistas abandonen el rumbo
 adoptado de docientos años acá, que resuciten el gusto de nues-
 tros mayores, y que podamos decir con verdad lo que Calderon en
 la jornada primera de *el Maestro de danzar*,

Amádis y Beltenebros,
A pesar de *Don Quijote*,
Hoy á revivir han vuelto?

No teman por eso dejar de ser leídos, pudiéndoles servir de estímulo lo que sucede con las novelas de sir Walter Scott, cuyo principal mérito consiste en haber reproducido los tiempos, máximas y artificio de los libros caballerescos. Sus cuentos son los que principalmente se leen en toda Europa, aunque son muchos, se refieren los mas á sucesos de la historia de Inglaterra, y tienen en mi sentir tres defectos, dos de ellos muy reparables para todos los que no han nacido en aquel pais. Es el primero no resaltar bastante en general los protagonistas, los cuales desempeñan las mas veces un papel subordinado, por lo mucho que ocupan al autor otros personajes, cuyas sobresalientes prendas llegan á colocarlos en el primer término del cuadro: el segundo consiste en ser un resorte muy débil el amor, y esto se hace muy notable en los climas que reciben mas directo el influjo de aquel astro que vivifica á la naturaleza y la convida á reproducirse; y debe contarse como tercero el uso sobrado frecuente del dialecto escoces, singularidad que habia adoptado antes Goldoni, introduciendo en sus comedias personas que hablan el veneciano, y que tres siglos hace empleó ya en la *Serafina* y *Tinelaria* nuestro Tórres Nararro, llevándola al estremo de hacer hablar á los interlocutores en castellano, latin macarrónico, italiano, frances, portugues y valenciano.

En medio del desenfreno á que estamos como avezados, todavia leemos con placer lo que el rey don Alfonso el oncenno previno al principio de su *Ordenamiento de la Banda*, diciendo, que « la primera manera de lealtad es guardarla á su señor, y la segunda amar verdaderamente á quien se hobiere de amar, especialmente aquella en quien pusiese (*el caballero*) su intencion; » y que asi los caballeros que entrasen en la *Orden de la Banda*, debian mantener estas tres cosas mas que los otros caballeros, á saber, « ser leales á sus señores é amar lealmente aquella en quien pusiesen su corazon, é tenerse por caballeros mas que otros para facer mas altas caballerias (1). » Todavía resuenan en nues-

(1) Asi se lee en una copia de docientos años de antigüedad que existe en mi poder, sacada de la que poseia Gonzalo Argote de Molina del *Ordenamiento que fizo el rey don Alfonso de la Banda, é del torneo é de la justa en la era de MCCCLXVIII*. Micheli Márquez pone los estatutos de la Orden de la Banda en las fojas 50 y 51 de su *Tesoro militar de caballeria*, y es el 31, « que ningun caballero de la Banda estuviese en la corte, sin servir alguna dama, no para la deshonrar, sino para festejarla ó casarse con ella; y cuando ella saliese fuera, la acompañase como ella quisiere, á pie ó á caballo, llevando quitada la gorra, y haciendo su mesura con la rodilla. » El capitulo vi del *Ordenamiento* dice asi: « Nunca faga nin diga (*el caballero*) ningun agravio contra ninguna dueña ni contra ninguna doncella fijadalgo, é aunque lo ella sea contra él, porque hay algunas dellas á veces ariseas. » Esta deferencia para con el sexo hermoso estuvo mas subida de punto en los siglos anteriores, como nos lo prueban los libros caballerescos y la ley 22, titulo XXI de la segunda *Partida*, que dice: « Et aun porque se esforzassen mas (*los caballeros*), tienen por cosa guisada que los que hobiesen amigas, que las ementasen en las lides, porque les cresciesen mas los corazones, et hobiesen mayor vergüenza de errar. »

tro corazon las palabras con que Suero de Quiñones se dirigia al rey don Juan segundo (1) diciendo: « Deseo justo é razonable es, los que en prisiones, ó fuera de su libre poder son, desear libertad; é como yo vasallo é natural vuestro sea en prision de una señora de gran tiempo acá, en señal de la cual todos los jueves traigo á mi cuello este fierro, segund notorio sea en vuestra magnifica corte é reinos, é fuera dellos por los farautes que la semejante prision con mis armas han llevado. Agora pues, poderoso señor, en nombre del apóstol Santiago yo he concertado mi rescate, el cual es trescientas lanzas romper por el asta con fierros de Milan, de mi é destos caballeros. » Siguen despues en el párrafo sexto las condiciones del reto, siendo la vigésima segunda, que « si la señora cuyo yo soy, pasare por aquel lugar, que podrá ir segura su mano derecha de perder el guante, é que ningun gentilhombre fará por ella armas, si non yo, pues que en el mundo non ha quien tan verdaderamente las pueda faser como yo. »

Estúdiense en la relacion de este público y autorizado desafio la delicadeza y acatamiento con que eran miradas las damas, y hallaremos en los §§ 20 y 54 la competencia suscitada entre los caballeros, para librar los guantes de cinco señoras que casualmente pisaron los términos del *paso*; en el 57 la peticion y reto de Lope de Sorgia para que fuese de cargo suyo librar los guantes de cuantas señoras acudiesen sin caballeros, y en el 53 que Pero, hijo de Alvar Gómez, hizo armas con Pero Vázquez de Castilblanco por poner en libertad el guante de la dueña Inés Alvarez de Biezma. Las señoras son ciertamente las que mas han perdido con el destierro de los libros caballerescos y de las máximas que su lectura inculcaba. A buen seguro que no se propararia entonces ningun jóven, por atrevido y lenguaraz que fuese, á vanagloriarse entre sus compañeros, de los favores recibidos, y mucho menos de los soñados, ni de las hermosuras que entretiene, engaña y burla, para escitar los aplausos y la emulacion de sus iguales. Porque las novelas que han reemplazado á las antiguas, han dejado de imbuirnos aquellos sentimientos de fidelidad, honradez y pundonor, que si bien exagerados, eran cuales los necesita la juventud, para que hagan impresion en una edad que fácilmente se desentiende de los buenos principios morales.

Por fortuna el teatro, esa concurrencia de diversion y de buen gusto, al paso que sostenia el lustre de nuestro Parnaso, cuando no podia leerse ningun poeta de los que escribian fuera de él, y mientras formaba con su escelente y castizo lenguaje una contraposicion singular con el truhanesco é ininteligible de los malos predicadores que zaherian, perseguian y condenaban las comedias sin

(2) *Libro del Paso honroso*, §. IV. Se reimprimió este raro opúsculo al fin de la *Cronica de don Alvaro de Luna*, publicada por don José Miguel de Flores en Madrid el año de 1781.

conocerlas; era al mismo tiempo, bajo el concepto que nos ocupa, la verdadera *escuela de las costumbres*, porque representaba las de nuestros mayores, señalándolas como el tipo á que todos los españoles debían ajustarse. Las damas y galanes de Calderon, Montalvan, Moreto, Rójas y Solis no eran sin disputa los que se estilaban en su tiempo, y aun Zamora y Cañizáres probaron en la primera mitad del siglo XVIII que estudiaban con provecho á Lope de Vega, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcon, Vélez de Guevara y á los demas padres del drama español, que tan empapados estaban en los principios de nuestra fina galanteria. Y gracias á estos escritores, que ni en la versificacion ni en el lenguaje pagaron tributo al contagio general de su época (1), nuestras costumbres han conservado siempre un sabor de respetable antigüedad, y el pundonor y probidad española han quedado como proverbiales en todos los ángulos de la tierra. A estos preciosos vestigios de nuestro carácter primitivo debemos indudablemente el ventajoso juicio que de nosotros hizo un escritor tan eminente como Alfieri, cuando dijo en el capit. XII de la *Época tercera de su vida, año de 1772*: «De Sevilla me gustó mucho el hermoso clima y las facciones originalísimas y españolísimas que se conservan aun en aquella ciudad mas que en ninguna otra del reino, pues yo siempre he preferido los originales, aunque malos, á las mejores copias. La nacion española y la portuguesa son efectivamente casi las únicas de Europa que conservan en la actualidad sus costumbres, en especial las clases infima y mediana. Y no obstante que el bien anda como naufrago en medio del mar de preocupaciones de todo género que allí dominan, todavía creo que aquel pueblo es una excelente materia primera, que puede amoldarse fácilmente á las cosas grandes, particularmente á las virtudes militares, porque posee todos los elementos en grado supremo, el valor, la perseverancia, la honradez, la sobriedad, la obediencia, el sufrimiento y la elevacion de ánimo.»

Si las calamidades que nos agovian en todo lo que va de este siglo, la guerra con nuestros vecinos y las disensiones domésticas, hacen que esta pintura no pueda aplicársenos con tanta justicia como en el anterior, trabajemos por reparar las funestas consecuencias de tanto desastre, poniendo en práctica para conseguirlo, el consejo que el rey *sabio* daba á sus contemporáneos

(1) Esta escepcion, tan honorífica para nuestro teatro, prueba que no es invariable la regla de que *nadie se exime del gusto ni del vicioso lenguaje de su siglo*. Mas se equivocan todavía los que la estienden á las costumbres y doctrinas reinantes. Los escritores ascéticos han anatematizado siempre las de su tiempo; Lope de Vega y Cervantes dieron reglas para las composiciones teatrales, que ni sus coetáneos ni ellos mismos siguieron en la práctica; y en los sermones del padre Isla hay trozos que no disonarian en boca del predicador de Campázas. Del mismo modo es indudable que siempre ha habido entre nosotros escritores dramáticos, que *no han recibido la ley de las costumbres de su tiempo*, sino que se han apartado mucho de ellas, trabajando por resucitar las de sus abuelos; y de consiguiente no puede sostenerse la tesis contraria, sobre todo si se hace de un modo absoluto, pues así es difícil no desviarse de la verdad en cuantas cuestiones puedan promoverse.

en la ley XX del título XXI de la *Partida* segunda, diciendo: «Ordenaron (*los antiguos*) que así como en tiempo de guerra » aprendian fecho dármas por vista et por prueba, que otrosí » en tiempo de paz lo aprisiesen por oída et por entendimiento; » et por eso acostumbraban los caballeros cuando comien, que » les leyesen las hestorias de los grandes fechos de armas que » los otros fecieran, et los sesos et los esfuerzos que hobieron para » saber vencer et acabar lo que querien, et allí do non habien » tales escripturas, facienselo retraer á los caballeros buenos et » ancianos que se en ello acertaron; et sin todo esto aun facien mas, » que los juglares non dijessen antellos otros cantares, sinon de » gesta ó que fablasen de fecho dármas. Et eso mesmo facien que » cuando non podiesen dormir, cada uno en su posada se facie leer » et retraer estas cosas sobredichas; et esto era porque oyéndolas » les crescian los corazones, et esforzábanse haciendo bien queriendo llegar á lo que los otros fecieran ó pasara por ellos.»

Aprovechemos los restos de probidad que todavía nos quedan, para reedificar sobre tan buenos cimientos la moral pública. No obstante la corrupcion que reina, tal es el prestigio que ejerce la virtud en nuestros corazones, que aun admiramos sobre las tablas á esos caballeros, que nunca vacilaban en esponer la vida para prestar su auxilio á cualquiera dama que se veia ofendida, ultrajada ó burlada. ¡Cuánto nos enamoran esos galanes, que fieles al principe y á la amistad, no dejaban de serlo al amor (1), y los que no faltaban á sus leyes puestos en los mayores conflictos, y ménos á las de la generosidad, la mas noble y desinteresada de todas las virtudes (2)! No tengamos pues por imposible la reforma, ni nos abandonemos al desaliento hasta el punto de repetir con Don Quijote (parte II capítulo I): «No es merecedora la depravada edad » nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades, » donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes.» Reünamos por el contrario todos nuestros esfuerzos para que desaparezcan las combinaciones del frío cálculo, las miras del interes propio y los proyectos de utilidad personal, si han de escluir los afectos del corazón, los sentimientos de humanidad, la deliciosa comunicacion de las almas, y el anhelo de acometer grandes empresas sin reparar en los obstáculos, y sacrificando, si es menester, nuestras pasiones mas halagüeñas.

No dudemos que se adelantaria mucho para tan loable objeto, restableciendo el gusto á los libros caballerescos, no cargados con el cúmulo de patrañas é inverosimilitudes que los desacreditaron, sino reformados como lo deseaba Cervantes (capítulos XLVII y XLVIII

(1) En el *Amigo, amante y leal*, de Calderon.

(2) En *Tambien la afrenta es veneno*, comedia de Guevara, Coello y Rójas.

de la primera parte), cuando puso en boca del canónigo y del cura la siguiente doctrina: «Con todo cuanto mal he dicho de tales libros, hallo en ellos una cosa buena, que es el sujeto que ofrecen para que un buen entendimiento pueda mostrarse en ellos, por que dan largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pueda correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados; maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desafortado bárbaro fanfarrón; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; re-presentando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo escelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Enéas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Catón, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos. Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente;... porque la escritura desatada de estos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcismas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso... Por esta causa son mas dignos de reprehensión los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningún buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina».

Para poner término á este artículo, concluiré copiando lo que el juicioso Nicolás Antonio sienta en el §. xxvii del prólogo de su *Biblioteca*, al tocar esta materia. «No quiero entrar en contienda con los varones doctos que prueban tanto los libros que nosotros llamamos de *caballerías*, que los condenan y juzgan dignos

del fuego... No intento defender los que contienen amores deshonrados y cuentos de viejas sin chiste ni gracia... Pero ¿qué deberemos decir cuando carecen de estos defectos, y es útil su lectura, de modo que pueden colocarse entre los apólogos y las historias doctas, aunque fingidas? Así como el *Ciro* de Jenofonte, el *Aquiles* y *Ulises* de Homero y el *Enéas* de Virgilio son reyes descritos por sus autores como héroes, valerosos, prudentes, piadosos y magnánimos, cuales los pintaría un artista en el lienzo, no como fueron en realidad, sino bajo el colorido que mejor le conviniese; de la misma manera nuestros libros representan á los caballeros sostenedores de lo justo y lo recto, enemigos de la tiranía y prepotencia, y acometedores de ilustres empresas. ¿Merecerá por ventura alabanza un mismo asunto, cuando se escribe en verso, y vituperio, si se refiere en prosa? Las fuertes y gigantescas hazañas, así del espíritu como del cuerpo, que estos novelistas atribuyen á sus fingidos personajes, suelen inflamar tanto á los lectores en el deseo de la gloria, de bida de justicia á las proezas, que sirven á los que se dedican á las armas, como de una coraza para fortalecer sus pechos y sacudir el miedo de las heridas y de la muerte. Refiere la historia que la fingida de los libros de esta clase inspiró en el ocio de la juventud á don Fernando de Avalos, marqués de Pescara, el brio que acreditó después con sus hechos singulares y heroicos en el campo y en los combates... En la época en que tuvieron principio y agradaron semejantes leyendas, convino sin duda aguijar el corazón de los militares á la gloria y el valor. Importa poco que sea verdadero ó fingido lo que nos proponemos imitar, con tal que sirva de verdadero acicate al ánimo, y la imaginación se vea burlada con utilidad. Por lo que toca á las demas prendas de la historia, si se tratan los amores con honestidad y decoro, se ponen ejemplos para moderar, mas bien que para acalorar esta y otras pasiones, señalando cómo deben haberse las personas de uno y otro sexo en su trato y conversaciones, y se describen otros pasos de la vida social dentro de los límites del pudor y de la modestia; no descubro por qué deben mirarse estos libros como inútiles y dañinos, sino al contrario los tengo por provechosos y saludables.»

Me parece que resulta de lo que he espuesto, tanto con reflexiones propias, como citando las de varones esclarecidos, y en especial del mismo Cervantes, que nunca fué ni debió ser su intención desterrar una lectura, de la que bien manejada pudieran reportarse tantas ventajas; que convino rectificarla y no proscribirla; y que ciertamente ni las costumbres ni la parte mas amable del género humano han ganado con los perversos seductores y libertinos que han sustituido en las novelas á los comedidos y punzonosos caballeros de las antiguas. Aunque se debiera pues al *Quijote* en gran parte un mal, que lo es de trascendencia para la

sociedad, no puede imputarse con justicia á su autor, ni menoscabar el mérito de una obra que reconozco como el primero. De ella no me cansaré de afirmar, parodiando lo que dijo Quintiliano (lib. x, cap. 1 de las *Instituciones orat.*) del padre de la elocuencia romana; que cualquiera á quien no agrade la inventiva de tan inimitable historia, el que no aplauda sus chistes, no se saboree en las sales y donaires de su diction, y no se deje arrastrar por las regiones de lo serio ó de lo burlesco, de la verdad ó de la ficcion, que con tanta maestría y originalidad recorre su autor; ni ha saludado el estudio del habla castellana, ni tiene la instruccion y el tacto fino que se necesita para apreciar las dotes de un libro; y en una palabra, que debe pronosticar muy mal de sus luces, conocimientos y gusto, el que no admire las infinitas gracias y bellezas del *Don Quijote*.

SEGOVIA

(DON ANTONIO MARÍA).

Nació en Madrid el 29 de junio de 1808. Pasó su primera juventud en Andalucía, siguiendo sus estudios bajo la direccion inmediata de su buen padre, dignísimo magistrado, y habiendo vuelto á Madrid en 1820, entró en la academia de cadetes de guardias de infantería española, en virtud de la gracia que algunos años antes le habia dispensado el duque del infantado, nombrándole cadete en su espresado regimiento: en aquella academia se distinguió singularmente. Disuelto el brillante cuerpo de guardias de resultas de los acontecimientos de 7 de julio de 1822, renunció Segovia á la carrera militar, que tan lisongera se le presentaba; y desde entonces, ocupado en sus estudios y en el desempeño de algunos destinos con que desde la edad de diez y siete años tuvo que atender á la subsistencia de su madre viuda y de sus hermanos, residió sucesivamente en Murcia, en Andalucía y en Madrid sin mezclarse en la política, hasta que hace seis años abrazó decididamente la carrera de periodista, en la que, bajo el pseudónimo el *Estudiante*, que adoptó en 1836 con motivo de atribuirse sus artículos á Larra, ha adquirido una grande y merecida celebridad. Sus eficaces esfuerzos por la causa del orden y del progreso moderado que apetece cuantos conocen los verdaderos intereses de España, están demasiado recientes para que haya que recordarlos; bástenos decir que en el momento en que escribimos, los está espiando, con muchos de sus dignos compañeros de opiniones, en un honroso destierro que, en su situacion actual, resultado de la rigidez de principios y del noble desinterés que siempre han distinguido á este escritor, solo pueden hacerle llevadero los recursos que ofrece al talento y á la aplicacion esta gran capital.

Los periódicos en que sucesivamente ha escrito el señor Segovia, son: el *Semanario critico*; el *Tiempo*; el *Jorobado*; el *Mundo*; el *Correo de las Damas*; el *Español*; el *Correo Nacional*; el *Semanario pintoresco*; el *Abenamar* y el *Estudiante* (que escribió en compañía del señor Pelegrin (don Santos Lopez), el *Piloto* y el *Entreacto*).